



Article ID: MNT 177481069

Processed by Minitex on: 5/5/2017 4:52:42 PM

This material comes to you from the University of Minnesota collection or another participating library of the Minitex Library Information Network.

Patrons, please contact your library for questions about this document.

Libraries, for more information, visit: <http://minitex.umn.edu>

If you have any questions about this service, please email medd@minitex.umn.edu or call 612-625-8318

Title: ¿Por qué España? : memorias del hispanismo estadounidense /

ArticleTitle: BOOK CHAPTER / Resina, Joan Ramón: Ausente del hispanismo

Date: 2014 Pages: 551-597

OCLC - 902636534; ISBN - 9788416252138;

Publisher: Barcelona : Galaxia Gutenberg, 2014.

Source: 902636534 <TN:241879><ODYSSEY:stthomas.illiad.oclc.org/MNT> OCLC

Copyright: CCG

NOTICE CONCERNING COPYRIGHT RESTRICTIONS:

The copyright law of the United States [[Title 17, United StatesCode](#)] governs the making of photocopies or other reproductions of copyrighted materials.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specific conditions is that the photocopy is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copying order if, in its judgment, fulfillment of that order would involve violation of copyright law.

Ausente del hispanismo

Joan Ramon Resina (Stanford University)

Cuando somos jóvenes, el futuro nos rescata de la rutina y desafía nuestra imaginación. Ser joven es gozar de una libertad aparentemente ilimitada, aunque esté sometida a restricciones muy reales. Soñar es gratis y el adolescente tiende a creer que es posible perseguir todos los sueños. A esa edad, el pesimismo es una afectación. Es muy distinto para la persona madura, cuya personalidad ha sido esculpida por los golpes de la vida. Envejecer es darse cuenta que las decisiones previas, que no tomamos necesariamente de manera consciente, limitan nuestras opciones en un horizonte cada vez más estrecho. Si fuéramos eternos, nos podríamos reinventar incesantemente, descartando identidades como los ofidios se desprenden de sus camisas viejas. Pero entonces esta eternidad simplemente pospondría infinitamente los compromisos, que son lo único que hace productivas nuestras elecciones. Es precisamente la irreversibilidad de nuestras decisiones lo que les da sentido y transforma en nuestra esencia. La vocación no es una voz mística que nos llama desde más allá de la historia o desde el interior del genoma humano, pero la relativa convicción con que la abordamos proporciona cierta consistencia al modo de relacionarnos con el flujo de las circunstancias de nuestra vida. Esto es cierto, tanto si la desempeñamos con facilidad gracias a una habilidad natural o nos esforzamos para doblegar una inclinación que nos resiste. No recuerdo haber decidido conscientemente convertirme en un académico, en todo caso no a una temprana edad. Es dudoso que la idea de ser un ratón de biblioteca inspire a ningún joven; acaso podría resultar

atractiva a alguien prematuramente envejecido. Y ya que nunca tuve ese ideal en mi primera juventud, deduzco que debí de transformarme en académico insensiblemente, tal vez porque era la única opción que no me exigía reinventarme, dándome cuenta sólo cuando ya era muy tarde para arrepentirme, que mucho de lo más valioso que había ido acumulando en mi vida no me permitía seguir otro camino. Por lo general, cuando uno alcanza cierto grado de reflexión se encuentra con que ya tiene un cierto bagaje. Sobre esto no cabe duda: llegué a las puertas de la vida académica a fuerza de repetir hasta convertir en segunda naturaleza algo que me gustaba, esto es, leer. Al comienzo, no era más que una distracción del mundo gris de una adolescencia con muchas restricciones, pero luego llegó a ser un hábito que de alguna manera se transformó en una especialidad, con obligaciones adjuntas que hicieron que el placer disminuyera rápidamente, como ocurre con cualquier adicción.

Es posible que la condición necesaria para una vida académica sea una prolongada inmadurez. Un académico es alguien que nunca dejó el colegio. Esto puede deberse a que ahí encontraba una estructura de recompensas tolerablemente satisfactoria, mientras que «la vida real» parecía hostil en comparación. O tal vez se deba a que en nuestra sociedad la actividad intelectual no tiene muchas otras oportunidades de desarrollarse con la continuidad necesaria para conseguir unas realizaciones mínimas. En mi caso, estas dos razones tuvieron su papel; pero incluso así, llegar a ser un académico era un destino poco probable para el hijo mayor de padres que no habían recibido sino instrucción primaria. Crecí en una familia dentro de esa amplia zona marginal que fue la clase trabajadora catalana bajo la dictadura de Franco, y en mis primeros años recibí instrucción en una de esas academias de barrio que proliferaban en Barcelona para aliviar la falta de colegios públicos. A la edad de nueve años, tuve mi primera experiencia de lo que sería luego una larga vida de escrutinio académico. Ese año, mi colegio estableció un sistema de exámenes que imitaba los del Estado y poco antes

de Navidad un comité de tres maestros, que incluía al director del colegio, nos examinó sobre todo el currículum. Me impresionó tanto la formalidad de este ritual que me fui a casa al borde de las lágrimas y poseído por un sentimiento de fracaso. Pocos días más tarde descubrí que había recibido el primer puesto de mi clase, que conservaría luego por varios años. Inesperadamente, me había transformado en un empollón y por lo tanto en la víctima de los matones del curso.

Cuando cumplí 13 años me pusieron pantalones largos y me cambiaron a un colegio público. A pesar de su mediocridad, los institutos del Estado eran populares, y al enterarse de que me habían admitido, un vecino opinó que mi padre tenía que estar muy bien enchufado. Como todos los colegios públicos de esa época, el mío era una expresión del Nacionalcatolicismo y, para quienes tenían memoria histórica, un recuerdo diario de la ocupación de Cataluña. Este colegio había sido expropiado después de la Guerra Civil y su nombre cambiado para honrar al apologista católico e historiador nacionalista de la literatura Marcelino Menéndez Pelayo. El que antes había sido el respetado colegio Blanquerna, donde se habían educado muchos intelectuales catalanes, ahora lo regentaban falangistas y sacerdotes ultramontanos trasladados desde Castilla para hacerse cargo de la educación de los niños catalanes. Todas las mañanas a las nueve en punto, varios centenares de estudiantes nos alineábamos para escuchar una admonición nacionalista seguida del himno nacional y la ceremonia de izar la bandera española (labor esta última reservada a policías jubilados en vagas tareas de conserjería). Luego, por orden de clase, desfilábamos para entrar al edificio y subíamos las escaleras hasta nuestras aulas respectivas bajo la mirada severa del director.

Mis años en el Menéndez Pelayo fueron una mezcla de autoritarismo y de apatía. A la mayoría de los profesores no les interesaba enseñar, para no mencionar educar, y les retribuíamos con una falta de interés proporcional a la suya, haciéndonos cómplices de este fraude llamado educación públi-

ca. No recuerdo cómo —ciertamente no fue gracias a algún profesor inspirado— desarrollé un transitorio entusiasmo por la química. Durante un año o dos, me imaginaba a mí mismo como un científico trabajando en la industria, tal como existía en aquella época en Cataluña. En una tienda de libros antiguos en la calle Aribau, compré un manual de química para estudiantes universitarios, y estudiando por mi cuenta no sólo mejoré mis calificaciones sino que hasta fui capaz de usar mis conocimientos sobre las reacciones químicas para construir mis propios petardos para la verbena de mi santo patrono. Después de estos modestos éxitos, mi vocación simplemente se desvaneció. Había encontrado mi talón de Aquiles, la física general. Ya sea por ineptitud personal o por haber tenido solamente educadores desastrosos, el hecho es que no me iba bien en matemáticas, y este hándicap se interpuso entre mi supuesta vocación y una carrera real en las ciencias. El profesor de matemáticas, cuando mencionaba mi nombre al pasar lista, solía detenerse y exclamar en voz alta: «Resina... Este es un humanista que se ha empeñado en estudiar ciencias». Así pues, no me quedaba sino aceptar el veredicto y dedicarme a lo que mis profesores consideraban que yo hacía razonablemente bien y que en verdad a mí me gustaba hacer. Aun así, más tarde he lamentado muchas veces mi incapacidad para las matemáticas, porque me impidió trabajar en un campo donde lo verdadero y lo falso no son valores interpretables. Pero situado entre mis padres, que habían recibido poca educación, y unos funcionarios carentes del más elemental sentido pedagógico, consideré que la opacidad de las matemáticas era un hecho tan objetivo como el hecho de que vivíamos en un piso minúsculo en un barrio menos elegante que aquellos en que vivían muchos de mis compañeros de curso. Como resultado de este temprano reconocimiento de la realidad, me gradué del instituto sin tener una idea clara de por dónde seguir. Pero por lo menos conocía ya mi aversión al pensamiento abstracto y no referencial.

En la adolescencia tomamos decisiones de gran consecuencia para el resto de nuestra vida. En esa época llena de

riesgos, a veces algo accidental decide nuestro destino. Tenía 15 años cuando, curioseando en la pequeña biblioteca de mi padre, consistente en unos pocos libros de bolsillo, me encontré con una novela que me inoculó el virus literario. Era *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Soy incapaz hoy de recordar exactamente qué fue de esta obra lo que me sacó de una adolescencia rutinaria y me arrebató a la solitaria pasión por la lectura. Acaso haya sido el teatro mágico, el prestigio de la alta cultura europea que en esa obra hace acto de presencia con Mozart y Goethe, la promesa de la liberación de una vida acartonada en la persona de Pablo, o la imagen de Harry Haller, sentado en la escalera de su pensión como la imagen misma de la desesperanza, o su decisión de degollarse al cumplir los 40 años. Algo en esta obra me llevó a una especie de revelación sobre mí mismo. Sería absurdo afirmar ahora que yo, un adolescente, me identificaba con el protagonista, pero no creo estar inventando el pasado si digo que me atraía su profunda seriedad, en la que podía intuir algo así como la crisis de la conciencia europea. Durante la adolescencia se descubre la esencial soledad del ser humano, y no cabe duda de que entonces sentí admiración por un personaje que llevaba estampado en la frente el estigma de la civilización. Arriesgándome a especular un poco, imagino ahora que el libro me atrapó porque debo haber sentido una premonición de lo que vendría más adelante. Hoy, en las humanidades, todos somos Harry Hallers.

A *El lobo estepario* siguió *Demián* y luego *Bajo la rueda*, *Siddhartha*, *Knulp*, *Hermann Lauscher*, *Viaje al Oriente*, y *El juego de los abalorios*. Leí todas o casi todas las obras de Hesse y seguí explorando la aleatoria biblioteca de mi padre, en la que encontré libros de Hamsun, Kafka, Gide, Sartre, Camus y Faulkner. Pronto estaría comprando mis propios libros y haciendo intentos de escribir, con resultados insignificantes. En el colegio, la literatura era materia obligatoria, pero con una particularidad: no leíamos ninguna obra literaria, sino que memorizábamos los nombres de los autores, los títulos y, cuando era posible, la fecha de publica-

ción. No se trataba ni siquiera de historia literaria; repetíamos como loros una información que se nos daba para construir un imaginario nacional y, de acuerdo a las circunstancias políticas de aquellos años, con el evidente propósito de descatalanizarnos. No parece necesario explicar aquí que la existencia de una literatura catalana era un secreto para nosotros, ya que uno de los objetivos del sistema de educación estatal era producir gente no sólo iletrada sino también analfabeta en su propia lengua.

Cuando yo era niño, mi padre tomó clases privadas de inglés de una mujer británica de mediana edad que venía a nuestra casa una vez por semana. Era una rubia platinada y bronceada, cargada de brazaletes. Hablaba español con un fuerte acento y fumaba en una época en que las mujeres españolas no lo hacían. Parecía más libre que nosotros y a mí me resultaba vagamente exótica. Solía saludarla con «Hello, Miss Margaret» y despedirla con «Goodbye, Miss Margaret», las primeras palabras inglesas que pronuncié. Cuando el espejismo americano estaba en su cenit, mi padre trató de emigrar a los Estados Unidos. Había recibido una oferta de trabajo de un empresario en Los Ángeles, pero en el último momento un sindicato bloqueó su solicitud de visa y el sueño de California se disolvió en la dura realidad española. Adiós a Disneylandia, adiós a la casa con césped al frente, adiós a montar en bicicleta por el barrio, adiós al Chevrolet y a tantas otras cosas que veíamos en blanco y negro en los programas de televisión americanos. En cierto sentido el desengaño de mi padre decidió mi futuro. Cuando terminé el instituto en 1973, se me permitió pasar un año estudiando en los Estados Unidos, en Cincinnati. Había solicitado California, pero esa parte del sueño tendría que esperar. De momento, fui depositado en el medio oeste suburbano, en una familia que me introdujo a la vida americana a través del béisbol y picnics con hamburguesas, hotdogs, pastel de manzana con helado y Kool-Aid. Una vez disipada la novedad, todo esto me pareció totalmente antiamericano. ¿Dónde estaban los hippies de pelo largo, las estrellas del rock, la

contracultura y la libertad? En mi escuela recientemente desegregada, los estudiantes blancos y negros todavía no se mezclaban. Se cruzaban en los pasillos sin hablarse, como planetas en órbitas distintas. Una noche le gasté una broma cruel a mi familia anunciando que le había pedido a una chica negra que viniera con nosotros cuando toda la familia iba a una función de teatro. Todavía recuerdo sus caras de consternación y el alivio que mostraron cuando les dije que se trataba de una broma.

¿Pero cómo podía uno vivir en el profundo tedio de un suburbio residencial, inmovilizado por la falta de transporte y con el centro comercial como única meta de las excursiones semanales? ¿Qué hacer si no fumar marihuana, aprender meditación trascendental y yoga, hacer excursiones a los bosques nacionales en Kentucky, escribir poesía y, por supuesto, leerla también? Ginsberg, Ferlinghetti, e.e. cummings, y los clásicos americanos: Mark Twain, Arthur Miller, Sinclair Lewis y algunos más. En tal situación, se dejó sentir cada vez más la atracción de California, por lo que rompí el contrato con la organización que me auspiciaba y que me exigía regresar a España al final del año escolar. Era 1974, y estaba a punto de cumplir 18 años. En una fiesta alguien me habló de un college en el desierto Mojave, donde los estudiantes trabajaban en un rancho. Parecía interesante. El inconveniente era que para acceder era preciso haberse clasificado en el 1% superior del SAT (Scholastic Aptitude Test). Yo no había tomado ese examen y ni siquiera había oído hablar de él, pero me presenté y fui el primer estudiante extranjero de esa institución, si no me equivoco, desde que se fundó en 1917. Así es como llegué a California y pasé un año en un pequeño oasis en el desierto Mojave, contemplando las crestas rosadas de la Sierra Nevada en la aurora, cuando llevaba el carro de la leche de regreso del establo al fin del primer turno en el trabajo diario. En Deep Springs aprendí a hacer mantequilla, queso y helados artesanalmente, monté a caballo durante mi tiempo libre e incluso ayudé al rodeo del ganado en la primavera. Todos mirába-

mos con envidia al estudiante «cowboy», el máximo honor, que confirmaba a quien lo recibía como un ranchero auténtico y el no va más de la masculinidad. A pesar del idealismo voluntarista, no era una vida idílica. Vivir mes tras mes en estrecha comunidad con un puñado de agresivos candidatos a intelectual puede ser fatigoso. Deep Springs era esencialmente un falansterio del oeste dedicado a vaqueros en ciernes que liaban sus propios cigarrillos y devoraban mantequilla de cacahuete mientras discutían pomposamente de filosofía o de poética. El lugar era algo raro, pero también lo eran todos y cada uno de sus moradores. De otra manera no habrían estado ahí. Y cuando la intimidad monástica resultaba irritante, siempre era posible retirarse a la serenidad de la propia habitación o dar un paseo más allá del edificio principal internándose en el desierto. Leí mucho durante ese año. Devoré *La guerra y la paz* en las largas tardes que pasé frente a la chimenea en el comedor comunitario, leí a Emerson en la Sierra Nevada, a Melville en la parte de atrás de una camioneta mientras hacía autostop durante la semana de vacaciones entre períodos lectivos, y luego a Blake, Joyce, Kafka, Beckett y muchos otros. Escribí poesía y cuentos, pasé noches en vela escribiendo obras de teatro en la tranquilidad de la casa de huéspedes vacía y aprobé mi primer examen de oratoria fingiendo que leía la traducción de un cuento catalán que de hecho yo mismo había escrito. Cuando lo considero desde el punto de vista de hoy, pienso que esta última hazaña fue algo extraña, ya que por esos días mi conocimiento de la literatura catalana era prácticamente inexistente. En España las cosas eran como eran. El año anterior, en Madrid, un comando de ETA había hecho volar el coche de Carrero Blanco causando su muerte, y en Barcelona Salvador Puig Antich fue ejecutado por el procedimiento del garrote en venganza por aquel atentado perpetrado por otros. Pero todo eso pasaba muy lejos y yo no era consciente de los cambios que estaban ocurriendo en España. Sin embargo, antes de terminar el año empecé a conocer la nostalgia, y la línea de Bob Dylan «from the coast of Bar-

celona» en la canción «Boots of Spanish Leather» me emocionaba al escucharla en el aislamiento del desierto de California. De pronto me sorprendí anhelando la ciudad y el mar, mujeres y cafés, y la lluvia brillando sobre el asfalto. No sentía nostalgia por una ciudad específica sino más bien por una representación poética, una ciudad con calles empedradas, puentes, faroles aureoleados de estrellas y bares antiguos donde servían ajeno en mesillas de mármol. Así es que por una de esas extrañas confusiones entre imaginación y realidad, a las cuales se inclinan las personas entregadas a la literatura, decidí regresar a Barcelona, que carecía de la mayoría de esas cosas pero en cambio era suficientemente ruidosa, caótica y contaminada como para colmar los deseos de cualquier entusiasta de la vida urbana.

Antes de regresar a casa, sin embargo, me desquitaría del aislamiento que había sufrido en el suburbio americano primero y luego en el desierto. Así me puse a viajar a la ventura, haciendo autostop hasta llegar a México. El interludio mexicano en el verano del 75, una experiencia entre *On the Road* de Kerouac y la huida de la civilización de Huck Finn, fue mi primera y luego nunca superada experiencia de la libertad. Hacer autostop desde Big Pine hasta Baja California con un amigo, dormir en hoteles baratos o en la playa, comer lo que comprábamos o nos regalaban vendedores ambulantes, y además viajar en autobuses y trenes rurales, encontrarnos con estudiantes revolucionarios en los cafés y con borrachos amistosos y sentimentales en las pulquerías, rondar por los antiguos mercados de Chiapas, tomar hongos alucinatorios supervisados por un curandero en la Sierra Mazateca, dormir en petates arrendados en el suelo de una hospedería de mala muerte, vivir en una cueva durante días y pasar una noche sobre los duros y curvos escalones de la torre del campanario en la catedral de San Miguel Allende, donde nos despertó la policía a la mañana siguiente en forma nada amable (los había alertado, por supuesto, el sacerdote que había parecido tan hospitalario) —todo esto era vivir sin cuidado alguno, de día en día, dispuestos a en-

contrarnos con cualquier nueva experiencia o acontecimiento. Cuando terminaba el periodo de validez del visado, subimos a la cubierta de barcos mercantes en los muelles de Veracruz con la intención de que nos llevaran a Europa a cambio de trabajar a bordo. No lo logramos, pero confraternizamos con la tripulación de algunos buques y compartimos su mesa. Esta aventura estuvo a punto de derivar en desastre cuando las autoridades descubrieron que nos habíamos quedado más tiempo del que permitían nuestros visados. Al final de esta historia, nos salvó de ser deportados la intervención fortuita de un cónsul español del gobierno republicano en el exilio, pero no sin que tuviéramos que volver a Ciudad de México para recuperar los pasaportes que nos habían confiscado. Habida cuenta de todo, los meses de verano de 1975 fueron los más intensos de mi vida.

De regreso hicimos autostop desde Brownsville a Nueva Orleans, donde tomé un tranvía llamado Deseo, descubrí la magia del French Quarter y las voces profundas de las mujeres negras acompañadas del saxofón, en lo que parecía un avatar del teatro mágico de Hesse. Desde ahí seguimos a Miami, donde llegamos justo a tiempo para ver una producción al aire libre de *Sueño de una noche de verano*, y tomar un avión para Nassau, conectando con otro a Bruselas, después de vagar un día por la isla. En rápida sucesión, en poco más de un mes, había pasado por escenarios sumamente diferentes, experimentándolos con una intensidad que hoy parece imposible en la devastadora homogeneidad de la globalización. Bruselas era entonces una ciudad burguesa, gris, empapada de la vieja Europa, en parte Rubens y en parte René Magritte, con tiendas de anticuarios y pequeños cafés donde servían un aceptable café filtrado y una cerveza insulsa bebida a sorbos en la relativa tranquilidad de la Grand Place. Tras dos días de descompresión europea, nos fuimos a París. Allí unos parientes de amigos de otros amigos nos alojaron en un viejo hotel de la Rive Gauche, cediéndonos una estupenda habitación en una *mansarde* que parecía salida de una novela de Balzac. Cenábamos con el gerente

melenudo que regentaba el establecimiento. En aquella época yo sólo conocía París como un destilado de lecturas y como un lugar que concentraba todas las aspiraciones de un tardío romántico del siglo xx. Una semana más tarde, estaba de regreso en Barcelona, tan abatido como Stephen Dedalus en Dublín al comienzo del *Ulysses*.

¿Qué importa lo que decidamos en nuestro fuero interno, cuando a nuestro alrededor se producen cambios monumentales? A los tres meses de mi regreso, murió Franco y la historia se aceleró. Toda una época, que me había parecido eterna porque era la única que yo había conocido, se esfumó ante mi vista. En septiembre, comencé mis estudios de filología en la Universidad, donde yo era uno de un puñado de hombres en una numerosa clase poblada principalmente de mujeres. Estudiar *letras* se consideraba entonces un pasatiempo de mujeres y la filología se veía como una ocupación interina para las jóvenes antes del matrimonio. Era una opinión chovinista, aunque generalizada, e incluso algunas mujeres confesaban que habían elegido esta carrera porque tenía la reputación de ser menos exigente. Yo siempre pensé que el chovinismo era consecuencia de la poca estimación en que se tenía a la literatura y no a la inversa. En todo caso, no tenía más opción que matricularme en filología, pues era la única disciplina donde se estudiaba formalmente la literatura. A fin de cuentas, me decía a mí mismo, no había correlación alguna entre el valor intrínseco del conocimiento y su valor social. Pero cuando comenzaron las clases, las encontré insufribles, y su relación con la lectura o incluso con el pensamiento incomprendible. Pronto, sin embargo, ya no importó. La muerte de Franco lo cambió todo. Las huelgas sacudieron la Universidad y las clases fueron reemplazadas por reuniones para decidir si las clases iban a continuar. Todas las mañanas esperábamos en el bar de la facultad para saber si íbamos a tener otra vacación política. De vez en cuando se producía un momento excitante cuando la policía, vestida con uniformes que recordaban la Gestapo, asaltaba el recinto universitario, disparaba pelotas de goma a través de las

ventanas e irrumpía en las clases, despejándolas a bastonazos democráticamente repartidos entre estudiantes y profesores.

Pasé una gran parte de ese año escribiendo poesía sobre las mesas de mármol en los pocos cafés que aún no habían puesto televisión. Los buscaba con tesón para refugiarme en ellos durante horas. Estaba enseñando inglés por una pitanza en un colegio de mujeres que tenían las monjas en el distrito industrial de Poble Nou y vivía con incomodidad en el piso de mis padres. La situación era insostenible, y necesitaba una escapatoria. La salvación estaba en un cajón de mi escritorio en forma del catálogo de Brandeis University, que el bibliotecario de Deep Springs me había regalado al despedirnos. Contenía información de becas para estudiantes extranjeros.

Ya en Brandeis, pensé primero en dedicarme a la filosofía. Pero intervinieron dos, o más bien tres obstáculos. *Don Quijote*, Miguel de Unamuno y el idealismo. Durante todo un año había estado nutriéndome de lecturas místicas y de romanticismo, y entonces, justo antes de irme de Barcelona, cometí el error de leer la obra maestra de Cervantes a la luz de la limitada interpretación de Unamuno, identificándome con el magro hidalgo español en la manera que algunos locos se identifican con Napoleón o Jesús. Quiero decir que me tragué el idealismo categórico y concentrado. Esta dieta tuvo consecuencias físicas a la vez que mentales, probando, si es que prueba alguna fuera necesaria, la unidad de la mente y el cuerpo. No es que viviera exclusivamente de bellotas, pero sí de una limitada dieta vegetariana que me precipitó temporalmente a la anemia y la debilidad. También estaba leyendo intensamente a Platón. Había dado con el mundo de las ideas, pero carecía de las herramientas y la disposición para procesarlas lógicamente, ya que mi cerebro estaba usando las reservas del cuerpo cuya masa se desvanecía visiblemente. Caí en un estado de quietismo, esperando una revelación o al menos una inspiración trascendental para mi poesía. Y entonces tuve un sueño aterrador. Mi abuela me

llamaba desde más allá de la tumba. En algún momento, Dory Scaltsas, el actual director del departamento de Filosofía Antigua en Edimburgo, y por entonces estudiante graduado en mi seminario sobre Platón, se preocupó de mi aspecto físico y ofreció de contrapeso las ideas de Aristóteles. «Nosotros los griegos» —me dijo— «creemos tanto en el cuerpo como en la mente», y me recomendó que hiciera ejercicio. Seguí su recomendación y por primera vez desde que había llegado a Boston fui al gimnasio. Gracias al ejercicio subí un poco de peso, pero también necesitaba darle más cuerpo a mis ideas. Finalmente, una revelación llegó para mí en Brattleboro. Cuando estaba admirando el hermosísimo paisaje de Vermont, sufrí una revolución interna (y absolutamente catártica) que me hizo gritar, aparentemente sin razón alguna: «¡A la mierda Platón!». Entonces cambié mi especialización a Filología Inglesa y reemplacé a los griegos con Spenser, Donne, Shakespeare, Wordsworth, Shelley, Keats, Dickens, Emerson, Thoreau, etc. No es que todo quedara resuelto inmediatamente. El idioma de Spenser constituía un desafío y yo todavía no sabía escribir un ensayo en inglés según las normas escolares al uso. Mientras que la mayoría de los estudiantes sabían cómo cortar y pegar información de los Monarch Notes, yo luchaba con el tema, transformando cada ensayo en un desafío existencial. Aspiraba al *significado*. Tenía que vivir a través de Shakespeare. No era suficiente hablar como un loro acerca de una obra maestra; yo quería descubrir en lo más profundo de mi alma las pasiones que agitaban a Hamlet, Lear o Romeo. Concediendo tanta importancia a la subjetividad, irrité a mis profesores. El Dr. John Smith (cuyo nombre casaba perfectamente con su personalidad) se enfureció cuando le presenté no el ensayo normal de 10 páginas, sino uno de cuarenta en el que examinaba la tragedia de Shakespeare a partir de *El nacimiento de la tragedia*, el anti filológico libro de Nietzsche. El Dr. Smith quería calificarme con un suspenso sin contemplaciones, pero lo moderó otro profesor que compartía con él la enseñanza del curso, y el Dr. Smith accedió a

ponerme una D+, lo que de todas maneras era un clarísimo veredicto sobre mi aptitud para la crítica. Traducido al español, este ensayo ofensivo pasaría más tarde a formar parte de mi libro *Los usos del clásico*, que desafortunadamente el Dr. Smith ya no tuvo la oportunidad de reseñar.

Hasta el día de hoy, no entiendo qué fue lo que en ese ensayo, dejando aparte su ingenuidad, pudiera irritar tanto a un profesor veterano. Pero sin duda le debía de impresionar, porque cuando dos años después escribí a la oficina de estudiantes extranjeros de Brandeis acerca de mi interés en solicitar admisión al programa graduado de Inglés, el Dr. Smith se tomó la molestia de advertirme que si yo persistía en mi plan él personalmente vetaría mi admisión. Tanto celo en controlar la entrada me demostró que los estudios de literatura eran algo muy serio y por tanto extremadamente deseable. Para entonces ya me había decidido a especializarme en literatura. Un poco antes de mi graduación, la persona que había auspiciado mi estadía en los Estados Unidos, el señor Lawrence Arthur Wien, a quien, como ocurre con los benefactores en las novelas de Dickens, no llegué a conocer nunca, me ofreció trabajo en su oficina de Nueva York. Vivir en Nueva York y entrar en el mundo de los negocios a los 21 años es, se mire como se mire, una proposición tentadora para un provinciano sin fortuna. La suerte llamaba a mi puerta. Pero tengo un talento especial para las malas decisiones y rechacé la oferta para seguir un camino más sinuoso que, de momento, pasaba por el servicio militar obligatorio en el ejército español. Un campamento de reclutas cerca de los Pirineos era una miserable alternativa a la deslumbrante Nueva York, pero sabía con esa seguridad fatua de la juventud que yo estaba llamado a un destino más alto. Irónicamente, el esfuerzo de escribir un ensayo censurable sobre Shakespeare me había revelado el placer masoquista de dedicarme a la vida del pensamiento. Era presa de un vicio contra el cual mi padre ya me había advertido: el vicio de leer. Porque realmente se trata de un vicio que pagamos al precio de una vida sedentaria, solitaria e inactiva.

En agosto de 1978 estaba de regreso en Barcelona, tomando un cortado en el café Zurich y leyendo *The Quest of the Holy Grail*, que había comprado en la librería de Harvard justo antes de partir. Gracias al rodeo por Brandeis me había saltado años de cursos impersonales y tediosos en Barcelona. Ahora sólo me faltaba completar un par de asignaturas para cumplir todos los requisitos de la licenciatura en Filología Inglesa. Pero en la desoladora provincia que era entonces la universidad española, la licenciatura no llevaba a una carrera académica si no era pasando por el vasallaje o el nepotismo. Intelectualmente nulo, el departamento de Filología Inglesa se limitaba a la humilde misión de repartir certificados a profesores de lengua. Toda ambición que fuera más allá de este modesto objetivo conducía al desempleo. Así, me encontré dividido entre el deseo subjetivo de ser escritor y la necesidad objetiva de ganarme algunas pesetas enseñando inglés en una de esas academias privadas donde las almas desafortunadas envejecen y se tornan cínicas. No era verdaderamente una alternativa y tuve que incorporarme al proletariado académico. Desde octubre de 1978 a diciembre de 1981, con sólo una interrupción de tres meses por el campamento militar, enseñé diariamente en una academia de nueve a dos, cruzando la ciudad a mediodía, en nuestro período de descanso, para llegar a tiempo al otro local del colegio. Por la tarde hacía el trayecto en la dirección contraria para añadir unas horas en la Escuela Oficial de Idiomas, donde conocí a mi mujer en el otoño de 1978. Era un trabajo agotador, pero temprano por la mañana y luego por la tarde escribía poesía, leía interpretaciones jungianas de la mitología y comenzaba a investigar la leyenda del Santo Grial, que consideraba entonces como un mandala pleno de revelaciones sobre el destino personal. Enfrentado a un futuro sin muchas esperanzas, gané una oposición a un puesto permanente en la Escuela Oficial de Idiomas, que me daba seguridad de empleo a cambio de una remuneración inadecuada. Muy pronto, sin embargo, me invitaron a enseñar a tiempo parcial en el departamento de Inglés de la

universidad, con la advertencia de que no debía participar en las oposiciones. Para eso había que esperar a que la directora diera su venia, e ignorar ese tácito «acuerdo de caballeros» era ganarse un seguro fracaso. Con los años he acabado por darme cuenta que cada vez que alguien me ha tratado de caballero ha sido para perpetrar algún tipo de iniquidad. Pero aun con estas condiciones, depender de una arbitraria y todopoderosa catedrática era mejor que seguir vegetando en una academia privada.

El nivel intelectual del departamento era, para ser generosos, ínfimo. No tardé en sentirme sofocado y, como Huck Finn huyendo de la pretensión de civilizarlo de la tía Sally, pronto me di cuenta de que tenía que salir de allí. ¿Pero cómo? Una vez más miré al extranjero. Un medievalista en Cambridge aceptó dirigir mi tesis doctoral, pero necesitaba fondos para viajar y luego vivir en Inglaterra, por lo que me presenté al British Council para una beca y me llamaron a Madrid para una entrevista. Después de presentar mi proyecto y responder a algunas preguntas, un miembro español del comité me preguntó suspicaz si yo estaba planeando escribir la tesis en catalán. No se me había ocurrido esa posibilidad, debido a que el Estado ya se había asegurado de que yo fuera analfabeto en mi propio idioma. Pero la pregunta reclamaba otra: «¿Por qué no?». Naturalmente me guardé de expresar esta segunda pregunta y contesté con la verdad, negando que tuviera esa intención. La expresión escéptica con que se encontró mi respuesta me reveló la importancia que este asunto tenía para quienes detentaban el poder, como el hecho de que, a pesar de la transición a la democracia, Madrid seguía oponiéndose tan empedernidamente como antes a la libertad lingüística de los catalanes. Se me negó la beca, imagino que cautelarmente para evitar que cambiara de opinión y acabara escribiendo en catalán.

Por las mismas fechas me había presentado también a una beca Fulbright, y me entrevistó un comité de preselección que incluía a Antoni Badia i Margarit y al sardónico Amando de Miguel. Fui preseleccionado, pero el jefe del Co-

mité, que era por lo demás la directora de mi departamento, no fue a Madrid a apoyar mi candidatura. La próxima vez, el proceso se invirtió y la Comisión Fulbright mandó a alguien de Madrid a entrevistar a los candidatos locales. Estaba completando la última parte de mi servicio militar cuando me llegó la noticia de que me habían concedido una beca Fulbright para la formación de personal investigador. La puerta estaba otra vez abierta, y arrojando toda circunspección a los vientos, firmé la carta de renuncia que la jefa de mi departamento puso ante mí. El apoyo de la Fulbright era por un año, quizás dos. Luego debiera haber sido posible volver a mi antiguo puesto de acuerdo a los propósitos establecidos por la beca, pero mi superiora me daba a elegir entre la beca y mi contrato temporal. El momento en que esto ocurrió resultó ser crucial. Unos pocos meses más tarde, los socialistas ganaron las elecciones generales por una gran mayoría e hicieron fijos a una gran cantidad de profesores que estaban con contratos temporales, los famosos PNN (profesores no numerarios). Esa decisión política me pilló cuando yo ya estaba, fuera del sistema. Un telón de acero había caído entre la universidad española y yo.

Cuando pienso sobre todo eso después de tantos años, me maravilla la imprudencia con la que quemé mis naves. Tenía 26 años y, como la sirenita, quería piernas (y a ser posible, provistas de botas de siete leguas). En dos meses completé todas mis obligaciones profesionales, hice un breve viaje a Francia, preparé el viaje a América, me casé y me fui con mi esposa a California. Dejé atrás la vida de un profesor de idiomas mal pagado, pero también el manuscrito de una novela, un libro publicado de poesía y diversos textos en prosa. En total, un balance muy pobre. Poco después de llegar a Berkeley, y mientras mi mujer lidiaba con la difícil tarea de encontrar a alguien que arrendara una habitación a una pareja heterosexual (yo había perdido muy pronto la esperanza de satisfacer las rigurosas condiciones que se requerían para compartir casa en esa ciudad liberalísima), completé mi segundo libro de poesía sin saber entonces que

iba a ser mi última empresa poética. En este punto de mi vida la profesionalización pasó a ser lo más importante y comencé a consagrar todas mis energías a destacarme en lo que parecía ser un compromiso aceptable entre mi ambición literaria y la inoportunidad con que la sociedad exige que los poetas paguen sus cuentas.

Al principio de la década de los 80 los hispanistas americanos tenían buena reputación en España. La profesión todavía tenía caché, quizás por asociarse con los republicanos en el exilio, que habían pasado de ser ignorados a ser venerados en el breve interregno liberal. El tema del retorno de los exiliados estaba en el aire. Algunos de ellos habían enseñado en universidades americanas, incluida Berkeley, y ahora se estaban jubilando. Parecía ser la hora del relevo, por lo que me adapté una vez más a la situación y decidí enfocarme en la literatura española dentro del programa de literatura comparada. Además, sentía curiosidad por aquella literatura que tan mal conocía. Mi prioridad seguía siendo reintegrarme a un departamento de inglés en España, por lo cual concentrarme en literatura española no era razonable a no ser que estuviera pensando quedarme en los Estados Unidos. A pesar de que no me lo confesaba a mí mismo, retrospectivamente parece innegable que estaba apostando a varios futuros posibles.

Hasta ese momento siempre había pensado que un hispanista era alguien capaz de comunicar un conocimiento acerca de la historia y la cultura de la totalidad de la península ibérica. Pero cuando entré en contacto con los expertos en aquella universidad para mí mítica, descubrí que compartían los prejuicios y limitaciones de sus colegas en España, formados bajo el franquismo. En el templo de la libertad de expresión, me topé con la misma negación de la diversidad lingüística y literaria de la península que ya me era familiar en España; era como si uno de los ministros de Franco hubiera planeado la especialidad de español en América. Ningún profesor mencionó jamás la existencia de diversas tradiciones literarias. Durante los cuatro años que pasé ahí,

no se invitó a ningún conferenciante a hablar de literatura o cultura catalana. Se ofrecía un curso de catalán electivo para principiantes, que no contaba para la especialidad ni se apoyaba en algún curso de literatura. La suerte de la literatura catalana después de 1939 no le había preocupado a toda una generación de hispanistas, perfectamente cómodos con los requisitos nacionalistas de la tradición castellana. Por otra parte, yo estaba matriculado en literatura comparada, que era por definición una disciplina pluralista. Uno comparaba, y lo que se comparaba eran literaturas en diversos idiomas. Con esa premisa metodológica, pensé que era natural pedirle al departamento que reconociera el catalán como la lengua de una literatura independiente y me permitiera incluirla en mi examen doctoral. Mi petición debió generar algún debate, porque un profesor ya mayor me detuvo en un pasillo y me dijo preocupado: «¡Pero si aceptamos el catalán, entonces tendremos que admitir el vasco y el gallego!». Ah, ¡los peligros de la pluralidad! ¿Cuántas veces se han invocado para rehusar una petición justificada? «¡Por supuesto!», contesté, y en ese momento, sin darme cabal cuenta de ello, había dado con los Estudios Ibéricos. Pero esta formulación todavía estaba en el futuro. Había de pasar mucha agua bajo el puente institucional antes de poder convertir los Estudios Ibéricos en un paradigma utilizable, y mucha más antes de poder implementarlos. Pero aprobaron mi petición. Desde entonces en Berkeley quienquiera que lo desee puede cursar estudios graduados en literatura catalana —siempre que se pase por alto el hecho de que en todos estos años mi Alma Mater no ha sido capaz de contratar un experto en esta literatura.

Había ido a Berkeley a completar la tesis doctoral que había comenzado en Barcelona y abordar otro doctorado fue algo que sólo se me ocurrió más tarde. Sin embargo, cuando me admitieron como candidato, mi tesis ya estaba completada y la pude entregar al día siguiente de los exámenes, tres años y medio después de haber entrado al programa graduado. El tiempo acostumbrado para completar el

programa eran siete años, pero yo tenía prisa. Cuando considero la atención que se presta hoy a los estudiantes en las universidades más destacadas, las oportunidades que tienen para colaborar con los profesores, para diseñar sus propios cursos, dar conferencias, ser parte de un consejo editorial y para publicar con la ayuda de sus mentores, los fondos que se ofrecen de investigación y para asistir a simposios, me espanta lo mucho que tuve que aprender por mí mismo y, para ser perfectamente sincero, lo injustos que me parecen los estudiantes de hoy cuando se quejan de que no reciben suficiente ayuda.

En 1986 fui a Williams College como profesor asistente en literatura española moderna. Por primera vez (pero no la última) en mi carrera, mi contratación no vino del departamento, que como se me dijo abiertamente más tarde hubiera preferido «a un español». La decisión la tomó un comité de la Universidad que incluía al decano y al presidente. Como novicio, tomé la dura carrera académica más seriamente de lo que hubiera convenido. No comprendí que un college en los Estados Unidos no es un lugar para avanzar intelectualmente, sino un mundo corporativo: los que se adaptan a la cultura institucional prosperan; los que no captan las reglas implícitas o rehúsan seguirlas, fracasan. Yo era la persona más joven de una sección de español de tres personas en un departamento de lenguas romances con una proporción de productividad académica completamente desigual. Después del primer año, el jefe de departamento, que era de Madrid, me aconsejó que publicara menos. Lo había ayudado a publicar su primer artículo en muchos años y eso no facilitó las cosas. Poco después, sus advertencias se hicieron más estridentes: yo estaba leyendo demasiado para mi propio bien. Y otro colega consideró que era simpático mandarme un recorte del *New Yorker* que hacía burla de la gente que estudiaba catalán, algo por lo cual él no tenía que preocuparse porque este idioma no se enseñaba en Williams. No tardé en darme cuenta de que entre los hispanistas el anticatalanismo es el equivalente doméstico del antisemitismo. Con toda cla-

se de argumentos aparentemente eruditos justifica un odio profundamente arraigado contra una minoría que carece de protección y es un recurso eficaz para deshacerse de colegas competitivos. Esto explica también por qué, en la profesión, tantos catalanes hispanizan sus nombres o reniegan de su identidad. Hacia finales de los años 80, se me pidió que reseñara un libro de texto para enseñar el idioma español que contenía una caricatura de los catalanes en la más pura tradición racista. Que hubiera pasado el escrutinio de la editorial ya daba una idea de la impunidad de que este prejuicio goza en la profesión. Le mandé una queja al editor y él prometió retirar esa edición y eliminar la viñeta ofensiva de la próxima. Pero explicó en su propia defensa que habían tomado esa ilustración de una fuente española. Como si eso fuera una excusa.

En 1990 Harvard anunció un puesto de profesor asistente en mi campo. Me presenté y fui seleccionado. Supuestamente este iba a ser mi pasaporte para salir de Williams. Pero entonces ocurrió algo, o mejor dicho, algo dejó de ocurrir. Pasaban las semanas desde la notificación verbal y yo no recibía la oferta por escrito, por lo que llamé al departamento y la secretaria me informó, sin darle mucha importancia, que yo debía discutir con ella las condiciones la próxima vez que estuviera en Cambridge. No recibí llamada alguna del jefe de departamento, ninguna nueva comunicación de los profesores. Al parecer a nadie le importaba nada. Cuando finalmente me presenté en el departamento, la secretaria me ofreció un sueldo más bajo del que yo tenía en esa época. Además, el jefe del departamento me explicó que uno de mis futuros colegas de rango superior se oponía de plano a que yo accediera con un nivel medio, a pesar de que mi experiencia y publicaciones lo justificaban. Concedo que los empleados de Harvard deben vivir principalmente de su prestigio, pero yo habría esperado al menos alguna muestra de interés en reclutarme. Comenzando a dudar, me puse en contacto con profesores más jóvenes y les pregunté qué pensaban de esta situación. Así supe que eran ellos quie-

nes habían decidido el resultado de esta búsqueda al reunir más votos que los catedráticos, uno de los cuales había tratado de descartar mi candidatura objetando en contra mía que en mi currículum se detallaba una publicación sobre Mercè Rodoreda. «Nosotros no hacemos esto», me dijeron que fue el comentario con que se me quiso eliminar. Tal predisposición no era muy estimulante, y entre dos malas opciones aposté por ser aplastado en Williams. Tenía pendiente un año sabático, el primero, y decidí utilizarlo para trabajar en el manuscrito de un libro sobre la novela policiaca y estudiar alemán. Entre enero y junio de 1991 estuve en Austria, tomando clases de alemán para extranjeros en la Universidad de Graz y viajando a través de la Europa del Este. Cuando volví a Williams en el otoño, me negaron la permanencia. A pesar de que jamás se me dio ninguna razón concreta para esta decisión, solamente una vaga declaración de que yo era más apropiado para una universidad que para un college, la causa no era ningún misterio para mí ni para nadie más en la institución. «Esta es la peor injusticia que he visto en toda mi carrera», afirmó un miembro de la sección de francés que ya se aproximaba al retiro. La explicación que se me dio de forma tan displicente equivalía en el código universitario a que no era parte de la cultura de este club. La noticia desató un considerable número de cartas de protesta de los estudiantes y un impresionante artículo en el periódico de la universidad (al cual la institución no le hizo caso alguno), pero también 17 cartas de colegas ya avanzados en sus carreras y en universidades importantes de todo el país. Esta avalancha de repulsa profesional llegó a preocupar a la administración, aunque no la hizo revocar su decisión. Viví este proceso como la pérdida de mi inocencia profesional. Que unos villanos pudieran echar abajo años de trabajo y de total dedicación, me reveló la distancia que existe entre la deontología solemnemente proclamada y la lógica de la anilla más débil en la cadena institucional.

Comencé estas reflexiones tratando de localizar el origen de mi vocación académica; sin embargo, no estoy seguro de

saber ni siquiera ahora qué pueda ser esa vocación. Cuando se trata de una vocación religiosa, se entiende normalmente que se manifiesta a través de formas específicas de comportamiento y de lenguaje que se reconocen fácilmente dentro de las tradiciones específicas de una fe. Cuando están ausentes, o cuando las acciones y las palabras entran en conflicto con los principios establecidos por una fe en particular, concluimos correctamente que la vocación es inexistente o débil. Esto no sucede en la vida académica, donde los criterios de conformidad con los principios profesionales son laxos y a menudo son ignorados por trabajos que resulta imposible evaluar. ¿Con qué criterio se puede valorar la ostentación farisaica de moralidad social como si fuera el fruto de un trabajo académico? Ciertamente no en referencia a categorías del pensamiento. Está también el hecho aún más perturbador de que las universidades americanas, dedicadas como nunca antes a capitalizar su imagen pública, no creen que puedan permitirse darles una rigurosa educación humanística a sus estudiantes y en consecuencia tampoco se atreven a exigirla de su facultad. En muchos departamentos hace estragos una perniciosa selección inversa.

Descubrir el lado oscuro de la vida académica fue para mí una desilusión, pero de ninguna manera una derrota. Las situaciones adversas son fundamentales para el crecimiento personal y tengo una deuda de gratitud con mis enemigos. Sin su atención, es posible que me hubiera faltado la motivación para escaparme de lugares donde ellos quedaron anclados para siempre. En la vida, como en la gramática de los cuentos folclóricos estudiada por Propp, tanto los opositores como quienes ayudan son necesarios para que la narración siga adelante. Debo pues mucho a mis adversarios, pero todavía más a un pequeño número de personas de buena voluntad. Después que me negaron la permanencia, ya era demasiado tarde para presentarme a la mayoría de los trabajos, pero quedaban dos o tres con un plazo que había sido extendido. De uno de esos lugares salió una mano para ayudar al naufrago. Me contrataron en Northwestern gracias a

la fe y entusiasmo de Inman Fox, uno de los mejores colegas que he tenido nunca. Así ascendí al rango de Profesor Asociado, con la promesa de una decisión de permanencia al cabo de un año. Pero apenas había comenzado mi nuevo trabajo cuando me llamaron de Stony Brook, un año después de solicitar un puesto allí. Recuerdo haber salido de la entrevista en ese campus con una impresión muy clara de que no querría trabajar allí. Y sin embargo, lo hice. ¿No he mencionado ya mi habilidad para tomar malas decisiones? Stony Brook me atrajo con una oferta competitiva y una plaza fija, mientras que Northwestern era incapaz de acelerar el largo proceso de la decisión de permanencia. Ya había aprendido a desconfiar de los administradores, y por lo tanto me fui de Evanston, contra mi inclinación más profunda, un año y medio después de haber llegado. Mi mujer estaba entonces enseñando en Cornell y al cambiarme yo a Long Island se nos reducía el tiempo de viaje considerablemente, de tal manera que podíamos vernos con más frecuencia.

Uno no debe actuar contra los propios instintos. Desde el día en que llegué a Stony Brook, ya estaba ansioso por irme. El departamento era una turbamulta de celos, alianzas tácticas y vendettas sutiles. Era la vieja historia de la lucha por el poder, hecha más despreciable por la pequeñez de la pecera en que nadaban las pirañas. Y no salían a relucir las espadas por nada doctrinal o académico; la causa, al menos hasta donde yo podía ver, era el deseo de poder más descarnado. Un mezquino poder desplegado por míseros medios simbólicos y procurado con una incesante maquinación. Una escasez endémica de recursos hacía que el lugar fuera todavía más mezquino. El jefe de departamento aplicaba un criterio de mercado de pulgas a las decisiones organizativas: como me dijo, muy satisfecho de sí mismo, uno nunca debiera darle a un colega lo que éste desea *sin retribución alguna*; siempre hay que obtener algo a cambio. Estupefacto, fui testigo de cómo ese mismo colega intercambiaba insultos a gritos con el esposo de una estudiante graduada en pleno pasillo. El lugar era sórdido, dolía físicamente caminar por esos pasillos.

Una mañana, al llegar al departamento, una colega me empujó impacientemente para que entrara en la pequeña sala que servía para las reuniones de profesores. Ahí encontré al ahora fallecido crítico Joan Triadú y al poeta Carles Duarte, el actual presidente del ConCa, el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Cataluña. Habían llegado sin avisar, o al menos nadie me había advertido que venían, y ahora se esperaba que yo hiciera los honores institucionales. Triadú nos hizo saber que esperaba dar una conferencia y tuvimos que improvisar el evento ahí mismo con el público que hallamos a mano. Mientras esperábamos, les mostré el desangelado campus, los llevé a almorzar y después presenté al conferenciante ante el pequeño grupo reunido al azar en una sala de clases. Cuando acabó la conferencia los acompañé hasta la puerta del edificio e intercambiamos las promesas convencionales de seguir en contacto. Nadie me explicó nunca esa visita, pero pocos días antes de que me fuera de Stony Brook vi por casualidad el currículum del jefe de departamento y encontré en la sección de las distinciones que había recibido la mención de una dotación de la Generalitat para financiar una cátedra de literatura catalana. Ese puesto, para mi sorpresa, resultó ser el que yo tenía, pero durante tres años nadie me había dicho nada acerca de expandir el programa de estudios, ni me habían informado de la existencia de un acuerdo para llevarlo a cabo. Repentinamente, la extraña demora entre mi solicitud de trabajo en 1992 y mi contratación en 1994 dejó de ser un misterio. Triadú y Duarte obviamente habían viajado a Stony Brook para observar cómo se habían implementado los estudios catalanes, y tuvieron la finura de evitarme una situación embarazosa al no mencionar este deplorable asunto.

Entonces llegó el indulto. Recibí una beca Alexander von Humboldt para ir a Berlín el año académico 1995-1996. El Instituto de Estudios Romances estaba en un antiguo edificio en frente del museo Pergamon en la calle Clara Zetkin (que pronto se llamaría Dorotheenstrasse). Berlín entonces era una ciudad excitante en un sentido que los que acuden a

ella hoy no se pueden imaginar. Era una frontera en el tiempo, el lugar donde la historia estaba desplazándose con las toneladas de tierra y cemento que se removían de la ciudad para crear el espacio de una nueva capital europea. Mientras esperaba asumir su nuevo estatus, ostentaba la memoria de la Segunda Guerra Mundial en las fachadas marcadas por las balas y el estuco descascarado de los edificios en el Berlín Oriental, al otro lado de una frontera todavía visible. En mis caminatas diarias del Goethe Institut a la Staatsbibliothek, veía la reconstrucción de Friedrichstrasse y los gigantescos cimientos que se hacían en Potsdamer Platz para la torre Kollhoff, el edificio Renzo Piano, el BlueMaxtheatre y el Sony Center. Compré ediciones baratas, impresas en la Alemania Oriental, de los clásicos alemanes en tenderetes improvisados junto a las puertas de la Universidad Humboldt, tuve el lujo de poder escuchar ópera en tres lugares diferentes, y asistí a producciones de Heiner Müller en el teatro Bertold Brecht, me paseé por los mercados de pulgas atiborrados de antigüedades de antes de la guerra, e hice largas caminatas en los bosques cubiertos de escarcha en la región del sudoeste de la ciudad, discutiendo sobre literatura y política con mi profesor de alemán. Debiera mencionar, como una nota incidental, que desarrollamos esta amistad a raíz de que una estudiante de nuestra clase cometiera un asesinato. Una tímida y amable cantante de ópera, chilena, había apuñalado a la patrona alemana de su casa y se había dado a la fuga. Era cerca de la medianoche cuando recibí una llamada de nuestro profesor preguntándome si podía ir a su casa. Crucé la ciudad en un S-Bahn casi vacío, preguntándome por la causa de esta emergencia. Recibí la noticia mientras tomábamos café sentados ante la mesita de su cocina. En el primer momento, culpó a la víctima, «esa horrible y opresiva matrona alemana», que supuestamente había llevado a esta mujer joven a la desesperación. Pero después de una semana la encontraron en un estado de alteración y supimos por la embajada chilena que la joven tenía un historial de inestabilidad emocional.

Durante ese año en Berlín, comencé un proceso de autoexamen que me llevó a pensar mucho sobre mis metas intelectuales y, en consecuencia, acerca de mi función social como hispanista —una vocación (esa palabra otra vez) a la que había llegado casi por casualidad. Era el año de 1996 y estaba a punto de cumplir los cuarenta. Necesitaba saber qué era lo que había estado practicando con gran diligencia durante 10 años. Esta reflexión se decantó en mi primer ensayo metadisciplinario, «El malestar en el hispanismo», escrito en una mesa improvisada con caballetes junto a una ventana desde la que podía ver las copas de unos grandes castaños bajo el cielo gris de Berlín. Esta crisis de mediana edad me llevó a darme cuenta de que había estado sufriendo de una visión muy limitada, como si estuviera en un túnel. Durante años había estado corriendo por una cinta rodante académica sin reconocer cuánto sacrificio personal la universidad había requerido de mí. Trabajar en la academia, me parecía, significaba dar mi vida a cambio de un reconocimiento de oropel. Durante mis paseos solitarios de los domingos en el Tiergarten, envidiaba a las familias que habían salido simplemente a caminar o para hacer un picnic sobre la hierba, y recordaba el consejo que Siduri, la mujer de la vid, le dio a Gilgamesh: «Aprecia el niño que llevas de la mano y haz que tu mujer se sienta feliz en tus brazos, pues esto también es el destino del hombre». Con estos pensamientos, me entristecía.

En 1997, mi suerte cambió otra vez. Otro donante o auxiliar mágico, en la terminología de Propp, interviene ahora en mi historia con la aparición de John Kronik. A pesar de que tuvo el tacto de no mencionarlo, siempre he estado convencido de que John intervino decisivamente en mi transición a Cornell y mi promoción a Full Professor. Era riguroso, un profesional que decía las cosas claras y tenía una escala de valores finamente tamizada para medir el valor personal en un campo que él conocía hasta el más mínimo detalle. Y carecía extraordinariamente de prejuicios. Un día poco después de mi llegada, se acercó en la sala donde recogíamos el correo y me miró fijamente mientras me de-

cía: «Joan Ramon, tú y yo pensamos de forma muy diferente». Por un instante me pregunté en qué podía haberlo ofendido y luego vi que sonreía ampliamente y concluía: «¡Pero esto es muy bueno para el departamento!». Así era John, tan exigente como generoso, y capaz como pocos de valorar las ventajas pedagógicas de una diversidad verdadera y no simplemente formal. Al año siguiente me ofrecieron ser el editor de la revista *Diacritics*. Esta publicación estaba asociada con el postestructuralismo, pero para 1998 esta corriente había envejecido. Jonathan Culler, el editor de la revista en esa época, propuso que yo tomara el relevo, y acepté. Entendíamos tácitamente que la revista iba a cambiar de dirección, pero el Consejo Editorial no estaba preparado para los cambios que introduje. *Diacritics* era la revista de la casa, inclinada a una cierta manera de pensar y con preferencias teóricas claramente identificadas. La evaluación de los artículos no era anónima y si uno presentaba un texto para su posible publicación, facilitaba mucho las cosas tener amigos en el Comité Editorial. Me parecía evidente la necesidad de un sistema de evaluación en que no se supiera el nombre del autor, aunque esto restaría poder a los miembros del Comité Editorial para ayudar a los amigos o para autopublicarse. Una de mis primeras decisiones editoriales fue acabar con estos abusos, introduciendo un proceso de evaluación estrictamente anónimo, incluso para el propio editor. Esto enfureció a muchos, y mi primera reunión con el Comité Editorial parecía un motín. Casi la mitad de los miembros prefería seguir como antes, con el argumento de que algunas de las contribuciones merecían publicarse simplemente en virtud de la persona que las firmaba, de la misma manera en que unos dibujos casuales de Picasso sobre la mesa de un café la transformaban en una obra de arte. Mi argumento contrario (que persuadió a una mayoría suficiente) fue que la igualdad de oportunidad y la garantía de calidad suponía someter todos los ensayos a un mismo criterio. Entonces comenzó un período difícil, lleno de resistencias y emboscadas de diversos tipos. Algunos miembros del Comi-

té Editorial no devolvían durante meses los manuscritos que tenían que evaluar o los rechazaban sistemáticamente como una manera de boicotear el proceso y sabotear la revista. De vez en cuando recibía cartas impacientes de algunos colaboradores, recordándome su verdadero o imaginado status y exigiéndome que les evitara la humillación de pasar por un proceso de evaluación. Para poder publicar la revista a tiempo dependía de los miembros más responsables del Comité Editorial, que compensaron por los que no cumplían, a la vez que leía yo mismo todos los artículos recibidos y mantenía la correspondencia. Entre tanto, resistí la presión del decano para que dejáramos de publicar la revista. *Diacritics* había cumplido su propósito, me decía, y yo debiera estar haciendo planes para cerrarla. Pero mientras fui editor la revista aumentó su recaudación, haciendo difícil justificar su clausura. Y la última vez que me fijé, todavía funcionaba con el sistema de evaluación anónima.

¿Y qué decir de lo hispánico? Después de la jubilación de Kronik comenzó un forcejeo entre los peninsularistas y los latinoamericanistas (la maldición de los departamentos de español) para cubrir su vacante. Cuando yo sugerí añadir al anuncio de la plaza la frase «es deseable el conocimiento de una segunda literatura peninsular», un latinoamericanista me espetó: «nosotros somos veintidós naciones». Supongo que esto quería decir que había que contratar a 22 otras personas antes que uno pudiera añadir una segunda literatura ibérica a las calificaciones necesarias para un peninsularista. El iberismo no estaba entre las metas inmediatas de Cornell. Mis colegas boicoteaban las conferencias dadas por catalanes, y cuando el decano nos propuso contratar a alguien que era la pareja de otro profesor a quien querían atraer a la Universidad, y esta persona resultó ser catalana, una colega dijo exasperada, «con un catalán en el departamento ya tenemos bastante».

Siendo así las cosas, mis intentos de construir gradualmente un programa de Estudios Ibéricos, primero contratando a un colega gallego y luego introduciendo el estudio

de Portugal, no fructificaron. Tampoco llevó a nada mi esfuerzo por desarrollar un programa de Estudios Mediterráneos con participación catalana. Barcelona disponía de una institución apropiada, el Institut Català de la Mediterrània, más tarde llamado Institut Europeu de la Mediterrània, que podría haber colaborado con Cornell en programas conjuntos. A fin de explorar esta posibilidad, reuní a los miembros del Institute for European Studies que trabajaban en asuntos del Mediterráneo y propuse una asociación con el Institut Català de la Mediterrània. Autorizado para hacer una prospección, acudí con otro profesor de Cornell a la sede del Institut en Barcelona. La reunión con el director —el escritor Baltasar Porcel— fue productiva, pero al regreso el otro profesor, un antropólogo cuyo trabajo se enfocaba en España pero que abominaba de sus naciones periféricas, hizo un informe negativo y la idea cayó en saco roto. Poco después, el Institute for European Studies firmó un acuerdo similar con la Universidad de Atenas. Para los hispanistas, todo sería mucho más simple si Madrid estuviera en el Mediterráneo.

En Cornell acabé de desarrollar una idea que había incubado durante mi estancia en Berlín. Durante años había estado trabajando sobre el tema de la ciudad en la literatura, y se me ocurrió que la mayor parte de la crítica versaba sobre imágenes que habían sido extraídas del continuo flujo del tiempo y que se presentaban artificialmente en una yuxtaposición diacrónica. Así llegue a la idea de la «after-image», una idea que, a pesar de no ser completamente original (Walter Benjamin había escrito extensamente sobre la imagen dialéctica), me llegó como una revelación. Las imágenes que percibimos como estáticas se «mueven» internamente bajo el impulso de conflictos sociales de los cuales la imagen es una síntesis provisional. Esto sería verdad tanto de las imágenes ópticas, que abstraen un instante del continuo flujo de la historia y lo inmovilizan en la superficie de un medio estable, como de las imágenes mentales, que por medio de la intencionalidad del sujeto detienen el incesante conflicto de intereses en una interpretación simbólica de la realidad. El

neologismo «after-image» (escrito con un guión) quería evocar la retención del estímulo visual implícita en el término común «afterimage» [imagen remanente] y a la vez la diferencia temporal o secuencialidad no necesariamente diacrónica que concierne la relación entre diferentes imágenes. Es a partir de esta relación tensional que se forma una coherencia visual, en la misma forma en que el significado lingüístico emerge del status diferencial de los signos en el lenguaje. Así pues, en 1998, un año después de haberme unido a la facultad de Cornell, organicé un encuentro sobre «After-Images of the City» en la Society for the Humanities, en colaboración con Dieter Ingenschay, quien había sido mi anfitrión en la Universidad Humboldt. Publicamos más tarde los resultados de ese encuentro, con pocas pero notables modificaciones, en un libro con el mismo título en la prensa de la Universidad.

Durante esos años, Dominick LaCapra dirigía la Cornell Society for the Humanities y estaba encargado del School for Criticism and Theory durante el verano. Conocerlo y gozar de su amistad contribuyó a mi interés por la memoria histórica antes de que llegara a ser popular en los estudios españoles como resultado de las exhumaciones comenzadas alrededor del año 2000. En Cornell el tema estaba fundamentalmente orientado hacia los estudios del Holocausto. Me pareció natural trabajar en una variante ignorada por quienes hablaban en ese marco prestigioso, específicamente la memoria de las atrocidades cometidas durante y después de la Guerra Civil Española. Como lo había hecho en relación al modernismo en el primero de mis libros que siguieron a la tesis doctoral, ahora trabajaba para incorporar el caso español en la discusión predominante entonces sobre la memoria traumática, lo reconocido y lo rechazado en la historia. *Disremembering the Dictatorship*, un esfuerzo colectivo que pretendía iniciar un debate a partir de unos puntos de vista considerados polémicos en aquella época, trataba de mostrar los mecanismos de resistencia a los hechos y su supresión de la conciencia. Suponía ya implicar al régi-

men español posdictatorial en una organización del olvido similar a la que habían debatido algunos años atrás los historiadores alemanes. Pero este aspecto del libro, no menos que la cuidadosa correlación de los procesos de la memoria con las estructuras de la ficcionalización, no fueron percibidos por la mayoría de los críticos. En base a este libro, Ulrich Winter, quien por entonces estaba enseñando en la Universidad de Regensburg, me invitó a organizar una sesión para el Hispanistentag que iba a tener lugar en esa ciudad en el año 2003. Ese encuentro fue el punto de partida para un segundo libro sobre el tema, *Casa encantada: lugares de memoria en la España constitucional*, que refleja mi selección de las ponencias de ese simposio. Debido a la proximidad a Munich, el profesor Winter le propuso al Instituto Cervantes de esa ciudad organizar una mesa redonda sobre el tema de la memoria histórica, con la participación del periodista y novelista Manuel Vázquez Montalbán, el sociólogo Salvador Cardús y yo. Hablamos un domingo por la tarde ante una sala repleta. Se proveyó un servicio de traducción y el evento se vio honrado con la presencia del cónsul de España. Pero pronto se hizo evidente que el tono y contenido de las presentaciones producía inquietud en el público. El cónsul, sentado en la primera fila, se movía inquieto en su silla, y la sala parecía agitarse como el mar antes de una tempestad. En cierto momento yo afirmé que la democracia no existe si se ignora el derecho a la autodeterminación. Cuando le tocó hablar, Vázquez Montalbán afirmó sin reticencia alguna el derecho de Cataluña a su autodeterminación, antes de lanzarse a una condena del régimen de Franco. La intervención del profesor Cardús acaso fue un poco más cautelosa, pero su crítica del status quo político no se le escapó a nadie. Sintiendo que la temperatura emocional de la sala iba en aumento, el moderador optó por concluir el evento tan pronto como acabó la última intervención, saltándose la discusión de rigor. A toda prisa, el cónsul desapareció antes de que los conferenciantes hubiéramos siquiera bajado del podio. Y una semana más tarde, cuando el profesor Winter

pidió la grabación del encuentro para poder publicar las charlas, le dijeron que la cinta había sido destruida accidentalmente.

Durante un período de calor extremo en el verano del 2005, en una minúscula planta baja en la Corte Loredana, en el gueto judío de Venecia, terminé el libro sobre Barcelona que había comenzado en Evanston, Illinois, poco más de una década antes. Durante mi último año en Cornell, le di los toques finales, eliminando redundancias, compactando las frases y sintetizando.

Curiosamente, la traducción al catalán de este libro precedió a la publicación del original por varios meses, y fue esta traducción la que, publicada por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, me trajo por primera vez un poco de atención en mi ciudad natal. La conferencia de prensa contó con la presencia de destacados intelectuales y políticos municipales, mayormente de la oposición. El libro, especialmente el último capítulo, que había sido vetado anteriormente por el editor de la revista *L'Avenç*, describía la caducidad del así llamado modelo Barcelona, una creación de la administración socialista que vio su hegemonía amenazada, junto con los fundamentos intelectuales de ese modelo. Se debió a una coyuntura política que mi libro diera que hablar. Elogiado en algunos medios de comunicación, fue duramente criticado en otros, en predecible consonancia con las tendencias de los partidos. *La Vanguardia*, queriendo parecer neutral, organizó un debate con Ferran Mascarell, el fundador de *L'Avenç*, ex concejal municipal de la cultura, aspirante al puesto de alcalde y reciente Ministro de Cultura socialista del gobierno catalán (y hoy otra vez Ministro de Cultura en la administración rival de CiU). Mascarell acababa de publicar un libro sobre Barcelona y nos convocaron para un debate cara a cara que luego se resumió en un artículo de Julià Guillamon en *La Vanguardia*. A mí me resultó estimulante poner a prueba mis ideas, formadas en el exterior, en un debate con un gestor de la cultura con larga experiencia institucio-

nal y una profunda inversión personal en la política de su ciudad.

Estando en Cornell, contribuí a la fundación de CASB, el Consorcio de Estudios Avanzados en Barcelona. La iniciativa provino de la Universidad de Columbia y contó con el apoyo de la mayoría de las mejores universidades del país. En la primera reunión no pudimos resolver la cuestión de la sede. La mayoría de los representantes de los profesores estaban a favor de Barcelona, pero varios administradores adujeron la objeción clásica acerca de que el catalán era un obstáculo. Nos llevó un año y un considerable dispendio de energía reconciliarlos, y cuando las universidades participantes finalmente se habían puesto de acuerdo sobre la ubicación, Columbia, donde estábamos reunidos, nos sorprendió a todos al retirarse del consorcio. Su Departamento de Español se había negado a participar si el programa iba a estar en Barcelona. Columbia hace mucho que cambió de opinión y ahora es un miembro de pleno derecho del CASB, pero en ese momento su retirada estuvo a punto de impedir que el proyecto prosperara. De regreso a Ithaca, me reuní con los directores de estudios en el extranjero y los convencí de que colaboraran. Cornell se convirtió entonces en la institución rectora de CASB. En los meses siguientes, viajé con un pequeño comité a Barcelona, nos reunimos con representantes de las tres universidades principales, visitamos y evaluamos las instalaciones físicas, nos informamos acerca de las posibilidades de alojamiento para estudiantes y exploramos el mercado de bienes raíces para la posible compra de espacio para instalar el centro de CASB. Siguiéron más reuniones, en Cornell y en Chicago, donde se redactaron la constitución y los estatutos del consorcio y se definió el programa académico. Todo estaba listo para empezar las actividades cuando me fui de Cornell y en este punto la oficina de estudios en el extranjero decidió que ya no podía cargar con la responsabilidad administrativa del Consorcio. Una vez más el programa estaba a punto de naufragar. Asumió la responsabilidad la Universidad de Brown, se implementó

CASB y ha estado funcionando desde entonces con éxito—de hecho, tan bien que se ha ampliado para incorporar tres nuevas instituciones.

Uno de mis últimos esfuerzos en Cornell fue la creación de un puesto en cultura portuguesa. Lo propuse en una reunión del Departamento de Lenguas Romances, pero la idea no encontró apoyo. Entonces trate de convencer a la sección de español, sugiriendo crear este puesto dentro de la sección y transferirlo más tarde al departamento. De esta manera no contaría contra el presupuesto asignado para contratar profesores de español. El argumento fue aceptado y se acordó hacer una contratación en literatura luso brasileña. No obstante, durante el proceso de selección, el acuerdo de que el candidato tuviera un enfoque transatlántico fue obviado. Cuando sugerí la conveniencia de contratar un especialista cuya investigación estuviera dirigida tanto a la literatura del Brasil como a importantes figuras de Portugal, tales como Fernando Pessoa, prácticamente se rieron de mí. Una colega llegó a exclamar, «¿Pessoa?! ¿A quién le importa Pessoa?». En Ithaca los Estudios Ibéricos no tenían futuro.

A mediados de abril del 2006 había transferido tres meses de alquiler a una cuenta de Berlín para retener el piso que iba a ocupar el próximo otoño. Tenía un año sabático y ya había hecho planes de cómo utilizarlo. Menos de una hora después de hacer la transferencia, sonó el teléfono. Al otro extremo de la línea estaba la Decana de Humanidades y Ciencias de la Universidad de Stanford pidiéndome que viajara a California para una conversación. Me adelantó que ella quería que yo ayudara a reconstruir el Departamento de Español y Portugués de esa universidad. Una vez más en mi carrera, la administración me contrataba sin tomar en cuenta la opinión del departamento. Esta vez había un trasfondo para esta decisión. Cinco años antes, un comité nombrado por el Decano de Stanford me había elegido para uno de tres nombramientos en la División de Literaturas, Culturas y Lenguajes, una nueva estructura departamental creada con la intención de fundir en uno los departamentos de lenguas

extranjeras. Yo iba a ser nombrado al Departamento de Español y Portugués, pero en el último momento este departamento bloqueó la fusión y el preboste respondió congelando la contratación hasta que la situación se resolviera. Me aseguré que mi nombramiento era sólo cuestión de meses, pero cuando los departamentos se pusieron de acuerdo y se les permitió continuar con la contratación, Español y Portugués decidió no confirmar mi nombramiento. Algún tiempo después, la directora del departamento me llamó para informarme de su decisión. No se trataba de nada personal, me aseguró, pero no se consideró apropiado contratar a alguien que había sido seleccionado por un comité universitario. Cinco años más tarde, la administración revirtió ese punto de vista. Para entonces ya me había olvidado completamente de Stanford y cuando contesté el teléfono aquella mañana me quedé absolutamente perplejo. Durante la reunión con la decana en Palo Alto hablamos sobre el futuro del Departamento de Español y Portugués. Propuse reforzar el programa con tres nombramientos más, uno en literatura latinoamericana, otro en estudios brasileños y un tercer nombramiento en Estudios Ibéricos, con énfasis en Portugal. También recomendé la creación de un Centro de Estudios Ibéricos, donde encontrarían su sede las actividades e investigaciones interdisciplinarias. La legendaria voluntad de Stanford para innovar me llevó a creer que era aquí, de todos los lugares posibles, donde podía implementarse un nuevo paradigma. Se me presentaba una oportunidad única para pasar de pensar teóricamente sobre la profesión a cambiarla realmente. Así pues regresé al Bay Area, donde mi matrimonio y mi carrera habían comenzado 24 años antes. Fue como volver a casa.

Entrar a formar parte de un departamento que antes te ha rechazado y llegar con un mandato para reconstruirlo no es tarea fácil. Las fuerzas del resentimiento se activan desde el primer día y son implacables en su trabajo de erosión. Pero el potencial a veces hace que el riesgo valga la pena. Durante los tres años que siguieron, trabajé para asegurar

que se contrataran tres académicos sobresalientes. Implementé cambios curriculares para fortalecer una especialidad que hasta entonces se había basado excesivamente en la enseñanza de idiomas y carecía de un contenido riguroso. Los estudios de posgrado también se reorganizaron, acelerando el tiempo para completarlos y el ritmo en el avance de la candidatura. Estimulé la integración, en la medida de lo posible, de los estudios brasileños e hispanoamericanos y se introdujo el modelo de estudios ibéricos en un departamento que no tenía ni experiencia ni gusto por la pluralidad cultural, sino que por el contrario se había subdividido en una serie de compartimentos estancos. Aquí valía la frase catalana: tantas cabezas, tantos sombreros. El programa de posgrado en culturas ibéricas incorporó un mínimo de conocimiento obligatorio en portugués y catalán. Los especialistas en estudios latinoamericanos debían adquirir competencia en portugués y otro idioma, opcionalmente catalán o una lengua amerindia, como el quechua o el náhuatl. Esta disposición fue resistida casi desde el principio y fue finalmente rescindida por la mayoría de la facultad. Al parecer los jóvenes latinoamericanistas, como sus mayores, no tienen fe o interés en el futuro de las lenguas indígenas, que son sin embargo habladas por varios millones de personas que todavía esperan la segunda gran oleada de descolonización, la cultural. Mi principio orientador fue fomentar el trabajo transcultural y la promiscuidad intelectual. Propiciamos conferencias en las cuales por primera vez en una universidad americana quienes presentaban su trabajo hablaban en inglés, español, portugués y catalán sin problema de comunicación, pues los estudiantes de posgrado llegaron a dominar, en algunos casos con fluidez, todos estos idiomas. El catalán y el euskera se ofrecieron por primera vez en el Centro de Idiomas a través de acuerdos que negocié con los respectivos institutos. Al mismo tiempo se inició una política de nombramientos de visitantes distinguidos, complementada con acuerdos con las administraciones de las nacionalidades ibéricas autónomas para financiar cátedras para visi-

tantes en sus respectivas culturas. Así se fundaron las cátedras para profesores visitantes, Juníper Serra de estudios catalanes, la Eusko Ikaskuntza de estudios vascos y la del Consello da Cultura Galega, que permitieron traer profesores eminentes al programa. Finalmente, la transformación del departamento se hizo oficial al cambiar su nombre a Departamento de Culturas Ibéricas y Latinoamericanas (ILAC).

El cambio de orientación del departamento seguramente iba a ser notado a medio plazo, pero me encontré en el centro de la polémica antes de lo esperado. En febrero del año 2008 invité al Lehendakari Juan José Ibarretxe a hablar en el Programa de Estudios Ibéricos en el Centro para Estudios Europeos de Stanford. Parecía perfectamente natural, después de que ETA rompiera la tregua, invitar a un líder político que ofrecía una propuesta de salida del conflicto para que explicara a los estudiantes y profesores su visión del futuro de Euskadi. Este habría sido un tranquilo acto académico a no ser por la reacción destemplada de la prensa de derechas en Madrid. En los meses previos a la conferencia, la administración de Stanford fue bombardeada con mensajes de protesta en contra de esta invitación y mi papel en ella. Algunos pedían que me hicieran dimitir como jefe de departamento —una exigencia que sería satisfecha al año siguiente. Yo mismo recibí de España numerosos correos electrónicos de protesta o repudio, algunos ofensivos, y fui considerablemente presionado por parte de españoles en el campus y de una asociación patriótica en el Bay Area. Rodrigo Rato, quien acababa de dejar su puesto de director gerente del FMI y estaba programado para ser un huésped del Hoover Center, amenazó con cancelar su visita si Ibarretxe hablaba en Stanford. Se me hizo ver con gran claridad que personas influyentes en Stanford se disgustarían si Rato cumplía su promesa. En España crecía rápidamente una lista de firmantes (incluyendo al activista Fernando Savater y a Rosa Díez, líder del partido radical UPyD) de una extraña petición «en defensa de la integridad de Stanford». El obje-

tivo era simple: obligar a que Stanford cancelara la conferencia del Lehendakari. Incluso intervino el gobierno autónomo de Navarra, expresando su oposición en una carta al presidente de la universidad. Más tarde, cuando se hizo evidente que la conferencia seguía adelante, los activistas exigieron la incorporación al programa de alguien que pudiera refutar a Ibarretxe en su propio evento. No sólo se atribuían el derecho de redefinir un acto académico convocado por una universidad extranjera, sino que también exigían el privilegio de enviar su propio portavoz con los gastos a cargo de la universidad. Me acusaron de intervenir en el proceso electoral de España, de patrocinar el terrorismo, de acoger al equivalente de Adolf Hitler. La máquina de propaganda española, la llamada Brunete mediática (en referencia a la división blindada que había de apoyar el golpe de Estado contra la democracia en 1981), estaba funcionando a todo gas. Algunos de sus corresponsales me pidieron entrevistas. Le pregunté al preboste si debía acceder a hacerlas y me dijo que lo hiciera pero con precaución. Sabiendo con qué facilidad la prensa distorsiona y recontextualiza, accedí a responder a las preguntas siempre y cuando pudiera revisar el artículo antes de su publicación, para asegurarme de que se me citaba con exactitud. El corresponsal de *El Mundo* rompió su promesa y compartió su texto conmigo sólo después de haberlo enviado a Madrid. Había incluido una pregunta que yo había contestado fuera de la entrevista formal y afirmaba que yo siempre exijo el derecho de editar las entrevistas. Cuando me quejé de este tratamiento, se puso insultante. No tenía por qué ofenderme, sin embargo, conociendo la categoría de su periódico. Además, él había reservado su sarcasmo para el conferenciante. Era comprensible; después de todo se debía a sus lectores.

Pero no todo fue negativo. También hubo un cierto apoyo moral, cartas de adhesión y en defensa de la libertad académica. Un veterano condecorado de la Segunda Guerra Mundial felicitó a Stanford por la iniciativa. Una periodista argentina criticó a la revista de extrema derecha *Libertad*

Digital por no respetar la libertad de expresión y no informar correctamente sobre temas vascos. Un joven de Boise, Idaho, me escribió desesperado porque no había podido reservar un asiento en la conferencia. Me contó los sacrificios que había hecho para comprar un billete de avión y aprovechar la preciosa oportunidad de escuchar al Lehendakari y su desilusión al encontrar que todos los asientos ya habían sido reservados. La gratitud de la comunidad vasca de los Estados Unidos excedió en mi ánimo el rencor de un sector intolerante de la sociedad española. También estaba en juego el principio de la libertad académica, que había que defender contra la difamación y las amenazas. Finalmente, el día de la conferencia, con la seguridad del campus en alerta máxima, los piqueteros no lograron montar un gran espectáculo. A la entrada de la sala de conferencias cinco individuos envueltos en banderas españolas sostenían una pancarta con la leyenda, «Ibarretxe deals, ETA kills» (Ibarretxe trata, ETA mata). El Lehendakari y yo entramos a la sala de conferencias por una puerta trasera y para cuando los activistas se dieron cuenta la conferencia ya había comenzado. Entonces entraron, pero se quedaron quietos bajo la atenta mirada de los agentes de seguridad y varias cámaras de vídeo. Después de la inquietud por la posibilidad de una situación dramática, el evento quedó dentro de la normalidad académica. El Lehendakari hizo un planteamiento sereno de un plan democráticamente impecable para una consulta popular con el objetivo declarado de resolver una situación de violencia. En España, sin embargo, consultar al pueblo sobre su futuro sigue siendo anatema y la mera posibilidad de explicar el contenido de un referéndum de autodeterminación ante una audiencia internacional puede causar tormentas emocionales de gran intensidad. Poco después de esta conferencia, Ibarretxe fue procesado ante un tribunal español (y absuelto de todos los cargos) por hablar supuestamente con ETA, algo que los gobiernos españoles, incluyendo el mismo presidente Zapatero, habían estado haciendo por mucho tiempo.

¿Por qué una conferencia de un representante de los vascos, democráticamente elegido y académicamente solvente, fue tan ofensiva? En Stanford se hicieron comparaciones con el escándalo producido por el discurso de Mahmoud Ahmadinejad en Columbia unos meses antes. Algunos de mis colegas, aquellos que se resentían del nuevo énfasis en la pluralidad ibérica, comentaron ácidamente que yo tenía la intención de desatar una nueva guerra civil en España. Esto concordaba con los mensajes de grupos patrióticos que pedían mi cabeza. Sabría más tarde que otra institución estaba atenta a lo que ocurriría para decidir si seguir adelante o cancelar la visita del Lehendakari a su campus.

Me he extendido sobre este episodio porque demuestra, mejor que cualquier otro en mi carrera, que a menudo los hispanistas son cómplices de la información y las opiniones que difunde el Estado español. En demasiados casos, las universidades institucionalizan lo que los medios de comunicación españoles han transmitido antes, validándolo y ayudando a formar un consenso en torno a una versión muy parcial de la realidad española. Las credenciales progresistas exhibidas por muchos departamentos de español en virtud de su adhesión mecánica a la corrección política no son fidedignas. Modulado por las presiones locales, este falso liberalismo trata sus objetos de estudio de una forma oportunista. Nunca ejerce un liderazgo moral o epistemológico sino que imita descaradamente para conseguir un consenso estéril. Tal vez sea esto la institucionalización: renunciar al coraje intelectual y no atreverse a hacer preguntas comprometidas ni aventurar respuestas peligrosas. Pero si se conforman con esto, los hispanistas son los más miserables de los académicos, porque la narrativa que sostienen, incluso en su versión más liberal, se apoya en valores regresivos. La historia de los «Estudios culturales españoles» desde la época de Aznar demuestra la timidez de los hispanistas, que en su mayor parte han obedecido a la llamada del premier español, hecha en el discurso inaugural del Hispanistentag en Berlín en 1999, a erigirse en la vanguardia de los intereses del Esta-

do. Cuestiones periféricas de género, raza y sexualidad, tomadas de otras áreas en las que están de sobra teorizadas, se han trasladado masivamente como una plantilla para estudiar ejemplos de una producción de tercera categoría y mantener así viva la ilusión de una cultura que sigue siendo digna de proyección académica. Al mismo tiempo, el principal tema candente en la Península, la persistencia de una relación colonial entre el Estado y las nacionalidades sometidas, un hecho cuya singularidad dentro de las estructuras de la Unión Europea requiere un análisis sobrio y teorización inteligente, ha sido ignorado o tratado con las más burdas herramientas conceptuales. Los estudios ibéricos son un esfuerzo para desarrollar un nuevo paradigma que ponga en primer plano la composición multicultural de la península en todos sus aspectos e implicaciones. Y lo hacen sin dar por sentado la prioridad ontológica de la nación-estado española, a pesar de los sucesivos gobiernos españoles y las generaciones de hispanistas que han insistido en esa prioridad como un principio fundamental de su labor.

Desde el año 2007, Stanford ha sido un foco de los Estudios Ibéricos. Se han organizado allí varias conferencias y charlas sobre temas clave que habitualmente cuentan con componentes de todas las nacionalidades ibéricas. También se gradúan regularmente de esta universidad doctores de primera calidad que pueden hablar autorizadamente acerca de tres o más culturas ibéricas, en la lengua de esas culturas. Su éxito en el mercado de trabajo nos indicará la aceptación del modelo de estudios ibéricos y servirá para mostrarnos la capacidad de las instituciones de educación superior para responder a la crisis del modelo español monolingüe, una crisis cuya gravedad ya no puede disfrazarse. Una respuesta es, por supuesto, cerrar las escotillas y reducir el alcance de la disciplina a la simple emisión de la certificación lingüística. Un colega de otra universidad comentó una vez triunfalmente, «¡el español es nuestro petróleo!». Su observación sugería que la lengua española era en cierta manera un recurso departamental que los estudiantes estaban desespera-

dos por adquirir, y se lo citó a él en Stanford para sugerir que cualquier intento de diversificar nuestra «economía» departamental podría privarnos de esa riqueza. Este sentimiento, si no la forma de expresarlo, está muy extendido en los Estados Unidos y ha llevado, incluso en Stanford, a una regresión nostálgica. No hay nada más popular que un paraíso de tontos, pero además hay esto: si el «petróleo» que supuestamente nos hará ricos fluye de los vastos depósitos demográficos al sur del Río Grande y puede ser «extraído» por profesores de idiomas mal pagados y por profesores adjuntos (por no hablar de los ejércitos de estudiantes de posgrado que imparten cursos básicos y mantienen la mayoría de los programas de doctorado en español en un soporte vital artificial), ¿qué valores epistemológicos sustentarán el futuro del «español», más allá de la enseñanza del idioma, como una disciplina intrínseca de las humanidades? ¿Vamos a seguir extrayendo petróleo por el petróleo mismo?

Los jóvenes iberistas no sólo corren riesgos profesionales exponiéndose a la discriminación y el rechazo —un fenómeno descrito perfectamente por Thomas Khun en su libro de 1962 sobre *La estructura de las revoluciones científicas*— sino que también asumen una responsabilidad mayor que los tradicionales doctorados en español. Han aumentado las exigencias lingüísticas y están obligados a hacer frente a un grado mucho mayor de complejidad cultural. Esencialmente, son comparatistas en lo que durante mucho tiempo ha sido un campo monolingüe. Y lo hacen con el orgullo de las personas que no se dejan desalentar por los prejuicios, conscientes de que son pioneros de un enfoque más preciso y un encuadre más generoso.

Este relato de mi peregrinación académica no estaría completo si no mencionara mi experiencia como director del Observatorio Catalán de Stanford. El año 2009, el director del Patronat Catalunya Món, una oficina dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno catalán, viajó a Stanford con la intención de recabar mi ayuda para fundar un programa para la formación de personal ca-

talán a través de seminarios y conferencias que yo organizaría en una variedad de áreas curriculares. La idea de fondo era fomentar el intercambio académico y profesional. Durante los próximos dos años, organicé cuatro eventos importantes en geriatría, derecho internacional, relaciones entre México y Cataluña a propósito del exilio de 1939, y una conferencia sobre Estudios Ibéricos. Después de 23 años en la profesión, esta fue mi primera y única relación contractual con una agencia gubernamental. Los problemas comenzaron casi desde el principio. Pocos días después de firmar el acuerdo, los gestores del Patronat me llamaron para quejarse de un artículo que acababa de publicar, en el cual empleaba cierta ironía al referirme al vicepresidente de Cataluña. Tuve que recordarle a la persona que me llamaba que yo no era su empleado y que no había firmado mi artículo como director del Observatorio. También les recordé que como ciudadano americano nunca había renunciado a los derechos que concede la primera enmienda de la constitución cuando les abrí la puerta de Stanford. Obviamente había un malentendido, porque a pesar de las reiteradas garantías que se me habían dado de que el programa sería exclusivamente académico, el Patronat pronto comenzó a presionarme para que promoviera la «marca Catalunya». Me resistí, señalando lo absurdo de esta meta y que violaba el compromiso con la universidad, que excluía cualquier uso no autorizado de su nombre con fines políticos o comerciales.

La tensión aumentó cuando, después de organizar una conferencia sobre «Nuevos Agentes en el Derecho Internacional», el Patronat me pidió que evitara la participación de un profesor de la escuela de derecho de Harvard. Al principio no podía entender la razón de esta exigencia. Pero luego quedó claro que lo que le preocupaba al Patronat en las circunstancias postelectorales catalanas de enero del 2010 era el título de la charla del profesor, «Soberanía, autodeterminación y secesión en el Derecho Internacional». CiU acababa de ganar las elecciones y los gestores del Patronat temían que las palabras «autodeterminación» y «secesión» pudie-

ran asustar a los nuevos mandatarios. Explicar que el tema de la conferencia era la reciente resolución de la ONU sobre la independencia de Kosovo no ayudó mucho. Cuando un funcionario teme por su puesto de trabajo no suele atender a razones. Así que negocié un compromiso mediante el cual la publicidad de la conferencia no mostraría los títulos de las presentaciones. Nadie que estuviera vigilando en Barcelona las actividades del Observatorio podría encontrar motivo de alarma. Para pasar por la delgada línea entre una anomalía administrativa y una estupidez académica, recurrí a la inusitada táctica de imprimir dos versiones del programa y del cartel: una con y otra sin los títulos de las ponencias, la primera para la publicidad en los Estados Unidos, la segunda para el uso interno del Patronat.

Después de este evento, el Patronat entró en una larga pausa mientras el nuevo gobierno decidía qué hacer con él y a quién confiar las relaciones internacionales. El Partido Popular, el aliado estratégico del nuevo gobierno catalán, exigió poner fin a las iniciativas internacionales catalanas a cambio de su apoyo al presupuesto de la Generalitat. Cuando finalmente me reuní con la directora del Patronat en Barcelona, ella me presentó un nuevo proyecto que no sólo era académicamente absurdo sino que iba en contra de las condiciones establecidas en el acuerdo con Stanford. Su plan era mantener una relación nominal con la universidad en ausencia de actividad real. Me negué a colaborar en este fraude, y cuando ella me amenazó con sustituirme en la dirección del Observatorio, no me quedó más remedio que cerrar el programa que yo había hecho prosperar durante los últimos dos años. Nada de esto sucedió sin que yo lo notificara al Secretario de Relaciones Exteriores, al Secretario de la Presidencia del Gobierno catalán, y al mismo presidente Artur Mas, pero estas cartas no obtuvieron ninguna respuesta. Esta había sido mi primera y única relación contractual con un gobierno, en este caso con uno que se definía como «el gobierno de los mejores». La experiencia reafirmó mi convicción anarquista de que el político es la antítesis del inte-

lectual y la cultura un asunto demasiado serio para dejarla en manos de un gobierno.

En *Don Quijote* aparece (y reaparece) un personaje picaresco llamado Ginés de Pasamonte. Su intención es escribir la historia de su vida, pero reconoce que este proyecto nunca puede completarse debido a que, según él, tal historia no podría terminarse hasta que acabara la vida que estaba documentando. De esta manera, Cervantes redujo la escritura autobiográfica a un absurdo. El absurdo reside en que, en gran medida, escribir sobre uno mismo sólo puede hacerse desde un punto de vista subjetivo, es decir desde la perspectiva de la historia que cada uno de nosotros se cuenta a sí mismo. Aun suponiendo que el relato sea razonablemente veraz, que carezca de autoengaño y evite exaltar al personaje principal, siempre quedará lejos de una visión neutral y fiable, la clase de visión que emerge a través del intercambio dialéctico entre la mirada interior y la mirada externa de los demás. La verdad, lo que en una visión sobria de los hechos sociales debiera pasar por la verdad, se encuentra en la intersección, en el roce de evaluaciones dispares que enciende el significado de las acciones de un individuo.

Después de años de lucha para crear una relación significativa entre la vocación personal y el nicho institucional, las victorias parecen insignificantes y el camino está cubierto de cenizas. He leído mucho, comprendido poco, y retenido aún menos. Mucho de lo que antes me parecía sólido se ha evaporado en el aire. Pero hay algo como una inercia espiritual, o tal vez los restos del amor propio o de una ambición que se enfría hasta ser simple respeto de sí mismo, que me hace anhelar la imposible culminación de lo que alguna vez inicié. Y así, tarde ya en el juego, sigo comprando libros para leer en una fecha futura cada vez más difícil de alcanzar. Y regreso a los clásicos que he leído o debiera haber leído en mi juventud y redescubro los autores que entonces me introdujeron al recinto de las maravillas literarias. En algún momento volveré a leer *El lobo estepario* y se cerrará el círculo. Entonces tal vez averigüe si el teatro mágico era tam-

bién el lugar donde se planteaban las cuestiones existenciales que uno confronta en sus decisiones, o era sólo una casa encantada donde una galería de espejos deformantes reflejaba las maravillas y sensaciones que se encontraban en el interior.

[Traducción del inglés por Randolph D. Pope]